

NEW LEFT REVIEW 79

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO ABRIL 2013

ARTÍCULOS

| | | |
|---------------------|----------------------------------|----|
| MIKE DAVIS | ¿Las últimas elecciones blancas? | 7 |
| CHRISTOPHER JOHNSON | Todo consumido | 61 |

ENTREVISTA

| | | |
|---------------------|------------------|----|
| CLAUDE LÉVI-STRAUSS | La puesta de sol | 77 |
|---------------------|------------------|----|

ARTÍCULOS

| | | |
|--------------------|--|-----|
| KEVIN GRAY | Las culturas políticas de Corea del Sur | 91 |
| JIWEI XIAO | La mirada de un viajero | 111 |
| BOLÍVAR ECHEVERRÍA | <i>Homo Legens</i> | 131 |

CRÍTICA

| | | |
|-----------------|---|-----|
| ADAM TOOZE | Imperios en guerra | 143 |
| ROBIN BLACKBURN | Finanzas para anarquistas | 155 |
| GREGOR MCLENNAN | Una cartografía de la teoría radical | 166 |

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el
Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN,

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

CRÍTICA

Göran Therborn, *From Marxism to Post-Marxism?*,
Londres y Nueva York, Verso, 2011, 194 pp.

GREGOR MCLENNAN

UNA CARTOGRAFÍA DE LA TEORÍA RADICAL

En tres sucintas y solapadas exposiciones sobre el estado de la tradición marxista, Göran Therborn entrelaza un destacado número de indicadores teóricos y políticos. Su objetivo declarado y el tono predominante son humildes: en el primer capítulo, extraer de un conjunto de «modestas notas» un panorama del funcionamiento del espacio social global en el que operan actualmente las ideas de izquierda; en el segundo, resituar el marxismo frente a sus antecedentes y legados del siglo xx; y en el tercero, identificar sus perspectivas dentro de un amplio espectro de «pensamiento radical reciente». El resultado es una amplia y útil visión de conjunto, salpicada de sugestivas percepciones.

Aunque la mayor parte de *From Marxism to Post-Marxism?* Se interesa por el destino de las ideas, Therborn empieza intentando «hacer un esquema del espacio social de la política de izquierda-derecha» desde la década de 1960 hasta la actualidad. Comienza con una valoración de las suertes de las tres principales fuerzas que modelan ese espacio: los Estados, los mercados y lo que denomina los «patrones sociales». En contra de la intuición, sostiene que las formas de Estado de más éxito durante las décadas recientes han sido los Estados del bienestar europeos y los modelos asiáticos impulsados por las exportaciones, incluso cuando los mercados han saltado a la palestra, con el capital privado impulsando la inversión de una tendencia a largo plazo hacia la socialización de las fuerzas productivas. En términos socioculturales, Therborn señala un marcado «declive de la deferencia» que suscita la posibilidad de novedosas formas individuales y colectivas de rebelión que, a su vez, plantean a la izquierda «nuevas cuestiones de prioridades,

alianzas y compromisos». Therborn proporciona a continuación un breve inventario de los éxitos y derrotas de la izquierda, desde la desacreditación del racismo y el auge del feminismo, por un lado, a la *rendez-vous manqué* entre los rebeldes de 1968 y los movimientos obreros y la implosión del comunismo, por el otro. Volviéndose hacia el contexto geopolítico, señala las tres principales novedades sistémicas del nuevo siglo: la ausencia de cualquier Estado equivalente a las grandes potencias capitalistas; las insinuaciones de un próximo final del dominio del Atlántico Norte, y la desterritorializada «guerra contra el terror» lanzada por Bush y Blair en 2001. Therborn continúa con breves bosquejos de las principales tendencias que funcionan en cada una de las zonas del mundo, y concluye su estudio inicial sugiriendo que la erosión de la deferencia, la persistencia de culturas críticas y la inclinación económica del mundo hacia Asia oriental pueden ofrecer espacio de maniobra para una izquierda que permanece a la defensiva. Al mismo tiempo, la menguante importancia de la clase exige «nuevas concepciones de la transformación social» y por ello una perspectiva «transocialista».

El segundo y tercer capítulo emprenden un ambicioso estudio y una valoración provisional del marxismo en el siglo xx y de la teoría social radical más generalmente desde 2000. El ámbito geográfico de Therborn es principalmente el Atlántico Norte, abarcando Europa occidental y Estados Unidos, pero con prolongaciones en Asia oriental, América Latina y África, y su objetivo procedimental es comprender históricamente sus objetos conceptuales, como elementos de los complejos culturales y políticos en los que se forman y reforman. Más específicamente, se propone relacionar la variable difusión y coloración del marxismo, en particular, con cuatro «rutas hacia la modernidad», de las cuales los lugares representativos son Europa, donde las luchas de clases internas fueron dominantes; las Américas, con su historia de colonización y emigración de masas; el África subsahariana, donde el colonialismo moderno alcanzó su cénit y Asia oriental, donde Japón encabezó el rumbo hacia la «modernización reactiva». La principal preocupación del segundo capítulo es el marxismo como teoría crítica, y su eje central es una vívida, en ocasiones, emotiva, reconstrucción de la así llamada Teoría Crítica, del carácter y destino del marxismo de la Escuela de Frankfurt. El hilo conductor del capítulo es un rechazo de la habitual oposición entre las tendencias «críticas» y «científicas» u «ortodoxas» del marxismo, en el que, Therborn insiste, la ciencia y la crítica estuvieron desde el principio indisolublemente unidas.

Más exactamente, Therborn sostiene que el marxismo ha sido una cierta «triangulación» cuyos tres polos son la ciencia social histórica, la filosofía crítica y la política socialista, que es el dominante del conjunto. Señala que abrumadores reveses de finales del siglo xx han roto ese triángulo y que resulta dudoso que pueda ser reparado, por lo menos en cualquiera de sus formas familiares. El capítulo tercero distingue cuatro grandes modos de pensamiento político en la izquierda en los últimos treinta años; el postsocialismo, la socialdemocracia no

marxista, el posmarxismo y el neomarxismo, y traza las principales tendencias que funcionan en ellos. Aquí, Therborn recoge siete «modos de respuesta» del pensamiento de la izquierda a la crisis del marxismo y a la aparición de nuevos instintos opositores: el «giro teológico» emprendido por Debray y Eagleton entre otros (encajando menos, Badiou está incluido aquí); un fuerte renacer del interés por la utopía y el futuro del capitalismo como sistema (Jameson, Wright, Harvey, Arrighi, Wallerstein); los nuevos «desplazamientos de la clase», en gran medida porque la propia categoría está considerada por muchos escritores meridionales como subterráneamente eurocéntrica (Balibar, Laclau y Mouffe); el abandono del Estado como la unidad teórica primordial del análisis político, desafiada por ideas de globalismo desde abajo, cosmopolitismo y democracia radical (Offe, Beck); las teorizaciones en constante desarrollo de feministas y de otras propensiones y relaciones psicosexuales (Butler, Oakley, Moi); la promesa de conceptos de red y modos de organización (Castells, Hardt y Negri); y los nuevos estilos de economía política que se aprovechan tanto de ideas premarxistas como posmarxistas (Altvater, Brenner, Glyn, Arrighi). Sobre estos puntos de partida temáticos, Therborn parece tener sus meditadas opiniones propias, pero elige receptivamente enumerarlos en vez de juzgarlos. Lo que colectivamente señalan –junto a los diversos espacios en el repertorio de posiciones que considera que responden a estos desafíos– no es solamente la llamativa creatividad del pensamiento de la izquierda, sino incluso un nuevo «impulso radical». Si semejante situación no debería desencadenar una sensación de expectativa revolucionaria al viejo estilo, ciertamente reivindica una «desafiante humildad».

Therborn manifiesta al principio que no ha renunciado a su compromiso con la izquierda radical, y en una presentación posterior de lo que considera como el actual «repertorio» de posiciones teóricas, expresa su aprecio por la opción señalada como más explícitamente marxista, la «izquierda resistente». Pero a pesar de estos gestos solidarios, el libro es de diversas maneras totalmente posmarxista. Esto queda indicado al comienzo en un brindis bastante desenfadado a Marx el pensador: exponente de la razón emancipadora, fundador del materialismo histórico, estimulante guía en las accidentadas carreteras de la modernidad, se espera que tome su lugar junto a Platón, Confucio y Maquiavelo; sujeto para siempre, como esas grandes figuras, a una continua degustación y un nuevo despliegue. El brindis es todo un honor, pero no es exactamente una manera marxista de establecer el valor de una obra. Y Therborn habla poco sobre el determinante compromiso de Marx con el comunismo revolucionario, el Marx político rápidamente descartado como «muerto hace mucho». En este boceto inicial, Therborn ya asume su principal afirmación general. El triángulo se ha roto, «con toda probabilidad, irremediablemente». El mismo lenguaje de transformación social marxista –ya sea en la tradición de la «Revolución de Octubre» o en nuevas alternativas de la izquierda a esa tradición, o los proyectos de «construir el socialismo» centrados en el Estado– están «agotados».

El genérico posmarxismo de Therborn no es, sin embargo, el posmarxismo que él denomina como otra variante del actual repertorio. La etiqueta consta de un surtido de autores, como Laclau y Bauman, que están mucho menos preocupados que Therborn por la «enfermedad» que aflige al pensamiento radical en la estela del posmodernismo y los «estudios socioculturales», y que realmente desconfiarían mucho de la nostalgia totalizadora de Therborn por los días en que Picasso y Einstein se identificaron, en cierto modo, con la concepción marxista del mundo. Además, al presentar su balance de pérdidas y ganancias, Therborn parece intentar exponerlo simplemente tal y como es, en vez de seguir la tortuosa directiva ex marxista de situar el origen de los «fracasos» prácticos de la izquierda en algún primigenio esencialismo que se encuentra en el corazón del modelo marxista. Así, si los movimientos específicamente de izquierda se han convertido en «partidos de testimonio en vez de partidos de esperanza», y si las ideas marxistas han sido «tragadas por el diluvio», eso se explica en gran parte por la fuerza del neoliberalismo militante a lo largo de un periodo de treinta años que representa la «nueva ofensiva del capital». Quizá, junto a otros izquierdistas impenitentes, Therborn está simplemente aceptando como hechos políticos el hundimiento del movimiento obrero, el naufragio de viejas fuerzas anticoloniales, la implosión del comunismo al estilo soviético y la perversión del discurso del moderno progresista en manos de los nuevos gestores. El desafío ante ello sería esperar estoicamente, con las herramientas y el compromiso marxistas intactos, a que los pozos de la motivación socialista se llenen de nuevo. En este sentido, finalmente Therborn puede no ser un «marxista resistente», ni siquiera un neomarxista, ejemplificado por gente como Žižek, Hardt y Negri. En vez de ello, mientras da la bienvenida al considerable empuje anticapitalista del Foro Social Mundial, a la energía política y cultural que viene de América Latina, y a las reivindicaciones religiosamente moduladas de justicia social, su sensación es que estos desarrollos son fundamentalmente posmarxistas en vez de proto-marxistas, y que necesitan una imagen intrínsecamente pluralista de la teoría social progresista como «una casa grande, con muchas entradas».

Dicho esto, una dirección marxista todavía se puede poner en uno de sus principales portales, con la condición de que el marxismo sea reconfigurado como *teoría crítica*. En un libro que trata solo ligeramente muchos de los importantes temas que plantea, esta proposición es el argumento más persistente de Therborn y ocupa su segundo capítulo. El título, «El marxismo del siglo xx y la dialéctica de la modernidad», es importante porque otra de las tendencias posmarxistas del autor es respaldar la generalizada costumbre de situar el pensamiento y la práctica marxista bajo la categoría maestra de la modernidad. Por ejemplo, denomina el marxismo –y al hacerlo lo amansa– como la «Leal Oposición a su Moderna Majestad», anulando así un requerimiento previo de los marxistas de corregir la sociología académica decodificando consistentemente

la modernidad como capitalismo. Aquí se puede recordar que una estimulante versión de esta última ecuación la proporcionaba Therborn en *Science, Class and Society* (1976). Sin embargo, aquí Therborn adelanta sin duda debates sobre la modernidad y la posmodernidad subdividiendo la categoría maestra en cuatro sendas sociohistóricas globales: la europea, la del Nuevo Mundo, la Colonial y la modernización reactiva impuesta desde arriba. Este paso, aunque ayuda a realizar su cartografía de las trayectorias de la izquierda, contribuye a rescatar el análisis sociológico de un eurocentrismo bastante flagrante, sin embargo también señala una adecuada advertencia contra el peligro de un moralismo relativista dentro de discursos antieurocéntricos de diferencia cultural. Pero del mismo modo, toda insistencia de memoria althusseriana sobre una marcada ruptura epistemológica entre el materialismo histórico y la sociología parece algo «cándida», para ampliar su comentario autocrítico sobre su rechazo juvenil de Habermas. En conjunto, el «marxismo sociológico» y aquellos que llevaron adelante ese proyecto –Burawoy, Wright– tienen que ser apoyados.

Pero aun así, la tradición de la Escuela de Frankfurt también dio prioridad a la categoría de modernidad, y si la agudeza de la teoría sociológica ha aumentado en los tiempos recientes, ha sido porque ha llegado a absorber como uno de sus obligatorios puntos de referencia a gente como Adorno. Aquí es donde Therborn daría un giro positivo a la etiqueta «posmarxista»: «pos» no como «anti» o completamente «más allá», sino más bien expresando «bajo continua revisión crítica». En consecuencia, hay dos caras de su lectura del marxismo como teoría crítica. La primera supone un fuerte debate con una línea de pensamiento derivada de Perry Anderson: donde éste último caracterizaba al «marxismo occidental» como forjado dentro de un contexto de derrota política, Therborn localiza sus orígenes en la respuesta occidental a la Revolución de Octubre. Resalta el evidente, aunque matizado compromiso de Lukács y otros marxistas filosóficos, de su propia generación y posteriores, con el hecho y la naturaleza de 1917; su sentido de la indispensabilidad de la economía política y de la valoración de la sólida investigación empírica, en tándem con difíciles ejercicios de conceptualización; y sus similitudes temperamentales con otros marxistas de su era, al margen de cómo estén geográficamente etiquetados. Si hay un verdadero momento decisivo de derrota histórica, dice Therborn, entonces llega más tarde, alrededor de 1990, y continúa enredando a todo el mundo en la izquierda.

La segunda dimensión del argumento elogia el desagrado de la Escuela de Frankfurt por el economicismo y el cientificismo –es decir, el polo del marxismo representado por la «dialéctica de clase positiva» de Kautsky– y alaba sus preocupaciones constitutivas y normativas considerando que una seria reflexión moral sobre la violencia, el terror y el placer todavía esquivaba a la izquierda, con su gran coste. También se destaca el significado del elemento utópico y mesiánico en la teoría crítica clásica, posiblemente porque podría mejorar seculares interacciones socialistas con «comunidades

religiosas subalternas». Y todavía, la línea de la Escuela de Frankfurt es claramente la de la Ilustración (reflexiva), señalándola como más genuinamente basada en principios que la pragmática sociología crítica que la rodea.

El segundo conjunto de cuestiones es relativamente familiar para los estudiosos de la teoría social contemporánea, pero en Therborn tienen una fogosa y convincente expresión, especialmente cuando se combinan con los contrapuntos de la Nueva Izquierda del primer conjunto. Sin embargo, la causa del marxismo como teoría crítica no es plenamente convincente. El culturalismo de la teoría crítica podría decirse que es residual y excesivo; la utilización del término de modo omnicompreensivo, como una etiqueta disciplinaria también puede actuar en su contra. Therborn señala correctamente la «afinidad» general de Habermas con Marx, pero el solapamiento sustantivo y político se reconoce ligero, y seguramente desgastado, cuando lleguemos a Honneth. Therborn también tropieza con problemas, mientras tanto, al regresar al pensamiento de Adorno. Acepta que éste último es incluso menos parecido a Marx que Habermas, pero minimiza los aspectos genuinamente oscuros y en cierto sentido suprapolíticos del pensamiento de Adorno, los mismos que los teóricos «no representacionales» posmodernos legítimamente se apresuran en admirar. Además, cabe preguntarse sobre el valor duradero del eslogan de Horkheimer –citado por Therborn– de que la teoría crítica es «un único juicio existencial elaborado». Si nunca se debe renegar del viaje hacia la totalización, tampoco debería renegarse del deber de la discriminación analítica.

Marcuse no aparece demasiado en la reelaboración de Therborn de la teoría crítica, pero su ejemplo parece estar sólidamente presente: el infatigable respeto por las obvias verdades del marxismo junto al pensamiento heterodoxo sobre la novedad social y lo económicamente inaprensible. Por ello, el primer capítulo de Therborn supone un suplemento sociológico de corte marcusiano, dirigido tanto a incorporar como a sustituir la inversión en la clase obrera industrial como (principal) portadora de la emancipación. Para Therborn, este fluido estrato, más amplio, está denominado como «las fuerzas de la irreverencia», cuyas manifestaciones debería apoyar una izquierda renovada «en la posición contra la deferencia». Al mismo tiempo, hay una lucha para asegurar que las formas colectivistas, progresistas, de irreverencia prevalezcan sobre expresiones individualistas e incluso nihilistas; que bien pueden ser más fuertes de lo que Therborn admite, al igual que algunas formas de deferencia bien pueden ser moralmente importantes para cualquier comunidad viable. En cualquier caso, Therborn prevé una perspectiva «transocialista» en la que iniciativas conocidas y valiosas de la izquierda –marxismo, feminismo, ecologismo– pueden actualizarse y aprender de nuevas fuentes de comportamientos rebeldes, incluyendo varias formas de una política de la vida, la ciberpolítica y la devoción religiosa.

Una de las dificultades en todo el relato es que la relación entre el marxismo y «la izquierda» nunca se precisa con exactitud. Los lectores son inducidos a pensar que ahora una anterior identificación de ambos ha dado paso a una situación muy diferente en la que muchas ideas nuevas de la izquierda aparecen de una manera que hace que su dominación por el marxismo sea especialmente problemática. Desde luego, Therborn sabe muy bien que el marxismo siempre ha operado en una amplia corriente de movimientos y teorizaciones progresistas, muy a menudo encontrándose en minoría. Y también tiene claro que los deseos y teorizaciones anticapitalistas de la actualidad—incluso en el Sur global—frecuentemente incluyen tesis marxistas fundamentales. Por ello no hay una simple curva sobre una cronología fija que empieza arriba a la izquierda y se hunde en el fondo a la derecha. Pero aun así, da la impresión de que los déficits de la izquierda, a los que se considera marcados por fenómenos generales como la crisis del Estado del bienestar keynesiano y la caída de los regímenes anticoloniales socialistas, de alguna manera se deben o están estrechamente asociados con el fracaso intelectual del marxismo para estar a la altura de los tiempos. La cuestión no es que esto sea completamente erróneo, sino que solo es parcialmente cierto. En consecuencia, incluso si estamos de acuerdo con Therborn en que el triángulo está roto, y que la política de clase es la principal dimensión necesitada de un vigorosa revisión o abandono, el continuo poder del marxismo simplemente como ciencia histórica y filosofía materialista no debería ser malvendido, especialmente como antídoto a los excéntricos vuelos (por otro lado, excitantes) del pensamiento posmarxista.

Therborn parece reconocer esto cuando concluye su defensa de la teoría crítica diciendo que «el camino por delante más evidente para la teorización social inspirada por Marx será mirar a lo que está pasando actualmente a la venerable pareja de las fuerzas y relaciones de producción a escala global y a sus conflictivos efectos sobre las relaciones sociales». Esto es de algún modo incongruente, porque es justamente la clase de tarea «estructural» e incluso «economicista» que muchos de los representantes de la teoría crítica evitarían o desaprobarían a favor de algo más evidentemente cultural y descriptivo (e igualmente necesario, podemos añadir). Si la búsqueda humana de «nuevas modernidades» progresistas sin duda va más allá de la tradicional política marxista, y si lo que es novedad en la realidad sociológica y en la vida de la conciencia no es percibido fácilmente dentro de las categorías más abstractas del materialismo histórico, eso no significa que la tradición marxista sea prescindible ni para el entendimiento ni para la acción. Decir eso es solo ofrecer otra versión de lo que el propio Therborn sostiene en este importante estímulo para nuevas clarificaciones y debates. Pero con ese fin, él y otros autores deberían ser presionados para que realizaran análisis más detallados de las opciones de posmarxistas, neomarxistas y de marxismo resistente, y para una resolución más firme al valorar los nuevos temas que presenta. No pueden ser igualmente buenas ideas, para la izquierda o para nadie.